

Giulia Adinolfi, un apunte final

ROSA LENTINI

Tenía reputación de ser una profesora exigente, que adoraba a sus alumnos al tiempo que les pedía más que el resto de los profesores de la Universidad de Bellaterra, en la que también impartían sus clases Francisco Rico, los hermanos Blecua, Sergio Beser o José Carlos Mainer, por poner sólo algunos ejemplos. El programa que ofreció el curso 78-79 versaba sobre la Historia de la crítica literaria, desde la Poética de Aristóteles hasta nuestros días, pasando por los movimientos estructuralistas del siglo XX e incorporando libros tan esenciales como *Mimesis* de Auerbach o *Historia social de la literatura y del arte* de Arnold Hauser, entre otros. Este programa, pionero en su género, era el resultado de dos años de esforzado trabajo en solitario de Giulia, y, asimismo, el que culminaba sus aspiraciones como profesora. Una escasa docena de alumnos acudimos a esta sugestiva propuesta, aún sabiendo que deberíamos invertir tanto trabajo en esa asignatura como nuestra profesora en la sola elaboración del programa, pero conocedores de que los alumnos de Adinolfi eran considerados los más preparados de la universidad.

Unos años antes, y en un aula mucho más numerosa, la había tenido igualmente como profesora de Teoría literaria. Durante unos tres meses, saltándose algunos días, estuvo al frente de una clase que tuvo que abandonar por el cáncer que se le declaró por entonces. Adinolfi no fue sustituida debido a que en el curso del 74-75 estalló una huelga general a nivel nacional, seguida primero por los alumnos y posteriormente por los profesores no numerarios y por los bedeles; la huelga duró hasta bien entrado mayo y obligó a establecer un acuerdo conjunto entre profesores y alumnos declarándose un aprobado general para todos nosotros, a causa de la ausencia total de clases impartidas.

Al año siguiente, y junto al profesor de siglo XX Manuel Aznar, Giulia hizo posible otro de sus sueños: un grupo de investigación literaria interdisciplinar,

formado por alumnos de las dos universidades de Barcelona (la Autónoma y la Central). Su objetivo era crear parejas de trabajo dedicadas a estudiar la literatura de posguerra en todas sus vertientes: novela, cuento, teatro y poesía, parcela esta última de la que formé parte junto a Jesús Ferrer Solá, quien había acabado sus estudios poco antes y que estaba en el departamento de Filología, y que todavía sigue siendo un buen amigo. Uno de los libros claves estudiado fue, cómo no, *Historia de la literatura de posguerra* de Víctor García de la Concha. Giulia nos abandonó a la segunda sesión, de nuevo, pero el grupo persistió hasta finales del año.

Pero fue en el otoño de 1978 cuando la dimensión de su personalidad como profesora se nos reveló. Estuvo impartiendo clases durante todo el trimestre a salto de mata. En medio de una enfermedad que ya se había convertido en metástasis nos dio unas nueve clases a lo largo de esos tres meses. Entonces no lo sabíamos, pero formábamos su último grupo de alumnos, su testimonio. La última clase fue en su casa, quería a toda costa dedicarnos un poco más de su tiempo para avanzar al máximo en el curso que era su legado. No pudo alzarse de la cama, estaba muy desmejorada y supimos que ya no iba a poder seguir en su propósito. De ese último día apenas recuerdo su aspecto; en cambio sí el de sus manos, que se movían para pedir que nos acercáramos y de ese modo no tener que levantar la voz. Nos pidió nuestra opinión acerca del curso, probablemente como una forma de ganar tiempo y también como una necesidad de verse a través de nuestra palabra. Sus manos inauguraban un cansancio y también una delicadeza, otras veces se movían con impaciencia; se parecían al cielo en tiempos de tormenta, cambiando continuamente de propósito, difundiendo a cada tres segundos la luz y luego tamizándola. Al final nos despidió suavemente cuando la venció el sueño.

Tras las vacaciones de Navidad nos encontramos con una sustituta, la mujer de José Carlos Mainer. Durante varias semanas nos engañamos con la idea de que Giulia Adinolfi volvería a darnos unas pocas clases más. Esa sustitución llevó más lejos si cabe nuestra nostalgia, la de todos, incluyendo la de la profesora, que era además amiga personal de Giulia, y que no dejaba de establecer comparaciones que seguro la hacían sentirse inferior por la gran admiración que le profesaba. De vez en cuando nos daba noticias de Adinolfi, nos transmitía sus palabras y nosotros las bebíamos a grandes sorbos, lo que no hacía sino acentuar la comparación. Luego supimos que estaba peor porque ya no nos llegaron sus frases de aliento a través de la nueva profesora.

No tuvimos tiempo de querer a Giulia Adinolfi, mucho menos de comprenderla, pero sí de respetar su honestidad y su esfuerzo. Maduramos más

como personas que como alumnos, pues no aprendimos solo de lo que nos explicaba sino de lo que provenía de su persona, debido a su situación personal y a cómo se enfrentaba a ella. Y aunque su enseñanza se vio truncada por la enfermedad, llegamos a aprender sobre todo lo que es el dolor, la rebeldía, la anticipación a su tiempo y la medida de una vocación. Después de todos estos años el curso que ella proponía sigue siendo una asignatura pendiente.